

# Kandinski: literatura y formación desde lo espiritual en el arte

Pedro Eduardo Aguilera Vásquez  
UPEL.Maturín. CILLCA  
Vaep26©Gmail.com

Fecha de recepción: 23 de noviembre de 2016

Fecha de aprobación: 13 de marzo de 2017

**Resumen:** Este artículo explora la relación taxativa entre formación y sensibilidad humana desde la perspectiva de lo espiritual que subyace en el arte. El campo de interés está centrado en los modos cómo Vassily Kandinsky aborda tal conexión, haciendo énfasis en los criterios sostenidos en su obra: “De lo Espiritual en el Arte”. Con base en ello, nos propusimos reconocer la posibilidad de “transformar” la percepción-interacción del estudiante-texto literario en el contexto de la enseñanza de la literatura en general y, en nuestro caso específico, en la enseñanza de la literatura de los pueblos de habla inglesa.

**Abstract:** The article explores the unquestionable relationship between formation and human sensibility from the spiritual side of art. The empirical evidence was focused on the ways how Vassily Kandinsky approached such connection, emphasizing on his conceptions of art in his text: Concerning the Spiritual in Art. Based on such writing, we recognize the possibilities of “changing” the interaction-perception between a student and a literary text during the process of teaching-learning literature and most specifically, literature of the English speaking world.

El punto de conexión con la educación como experiencia de formación hace detenernos y reflexionar brevemente sobre la manera más expedita para despertar la sensibilidad humana en el proceso de formación y hemos decidido apostar por la dimensión espiritual que subyace en el arte.

Para contribuir a tal efecto, es necesario asomar algunas interrogantes que puedan servir como el detonante apropiado para avanzar hacia las reflexiones que nos proponemos sobre este tema. ¿Cómo ha sido concebido el arte desde la perspectiva de lo científico? ¿Cómo se encuentra el estado del arte en nuestra educación? ¿Prevalece todavía la visión aristotélica del arte en nuestra sociedad? ¿Es posible abordar el arte desde una perspectiva diferente? En todo caso, ¿Cómo podemos hacer para que el arte se “constituya” en nuestro pensamiento y corazones; y desde allí aproximarnos a la formación que desde nuestra educación? Intentaremos acercarnos a dichas respuestas desde una perspectiva cerradamente particular.

Son múltiples las maneras de abordar y definir la noción de arte desde lo clásico hasta lo contemporáneo. Se asomen ideas que aspiran definirlo como un método, un conjunto de reglas o de obras, hasta concebirlo como una expresión humana que simbólicamente expresa un segmento de la realidad entendida estéticamente.

Con punto referencial comencemos por lo contemplado en la Poética de Aristóteles (1998) en cuanto a esta discusión:

El arte o técnica es la capacidad para hacer algo, pero a diferencia de la prudencia que se refiere al hacer en el sentido de conducirse o comportarse, la técnica nos faculta para hacer en el sentido de producir o fabricar algo (sea algo físico como una mesa o algo espiritual como un poema) (p. 16)

Desde esta mirada es dable entender que el arte y sus manifestaciones parecieran estar circunscritas exclusivamente a todo aquello que el hombre es capaz de construir a través del empleo de su cuerpo como entidad física, pero todo concebido para ser visto, escuchado o tocado de una manera perceptible y objetiva a la vista de todos. Vista así, es entendible que exista una concepción del arte como un asunto que aspira el consenso social y que se limita a lo exterior, palpable a través de los sentidos, y que atiene a sus circunstancias y su momento. Sin embargo, se debe reconocer al mismo tiempo los esfuerzos que han contribuido a redimensionar esta concepción en su evolución.

Es ya en el siglo XX cuando el arte experimenta una profunda transformación al superar las ideas positivistas de la Ilustración, dando paso a una concepción más subjetiva e individual, partiendo de las ideas de los románticos y cristalizando en las obras de autores como Kierkegaard y Nietzsche, quienes propusieron la ruptura con la tradición artística y supusieron un rechazo a la belleza clásica.

Cabe destacar que las viejas fórmulas que basaban el arte en la creación de belleza o en la imitación de la naturaleza han quedado obsoletas. Era el momento de explorar nuevos significados en el arte y desde allí andar los pasos necesarios para concebir al arte como una actividad humana consciente capaz de reproducir cosas, construir formas y expresar una experiencia, el producto de esta reproducción, construcción o expresión puede causar un deleite, una emoción o un estremecimiento alterando la consciencia del receptor y preparándolo para un cambio de actitud o percepción sobre sí mismo y su entorno. Esto lo ha comprendido el hombre del siglo XX como la esencia/función del arte y para poder lograr esa conmoción es alista a reconocer en lo sensible de nuestra naturaleza humana la vía expedita para alcanzar la constitución de un nuevo ser a partir de la experiencia artística.

Resulta inquietante plantearse un abordaje de lo “sensible” en un marco epistemológico dominado por la impronta positivista. La esencia de lo sensible contrasta diametralmente con la idea de lo científico. No es fácil, por no decir contradictorio referirnos a nuestra sensibilidad como una vía en un momento histórico que nos aparta de ella. Creemos que en tal sentido se hace necesario acotar algunas cuestiones que nos pueden ayudar a aclarar estas cuestiones.

Tal como hemos argumentado hasta aquí el arte ha logrado sobrevivir a la influencia científica, no sin mostrar signos de desviación y decadencia reflejados fundamentalmente en el contexto educativo, desde donde se concibe y se aborda la expresión artística como una simple manifestación mimética y mecánica que denuncia un anclaje en los postulados que se esgrimían sobre él desde la antigüedad.

El arte ha evolucionado, pero la manera como ha transitado en nuestros espacios educativos da cuenta de una concepción estacionaria, repetitiva, sin compromiso alguno y desprovista de toda sensibilidad. Ha existido una tradición obligacionista de repetir movimientos y palabras sin sentidos en las expresiones artísticas. El arte asumido así no implica sentimientos y muchos menos la posibilidad de un goce estético.

Creemos que es necesario evolucionar al respecto y apostar por una noción de arte que nos permita “constituirlo” en nuestros pensamientos y corazones; y así aproximarnos a la idea de formación a través del arte en nuestra Educación. Para ello nos apoyaremos en Vassily Kandinsky, en quien encontramos los argumentos necesarios para alejarnos de lo aristotélico y adentrarnos en una visión del arte estrechamente vinculada a los sentimientos o emociones en todo aquel que contempla una obra de arte.

Con la vista puesta en la influencia aristotélica sobre la manera de concebir el arte, sus modos y expresiones, podemos inferir que de esta perspectiva clásica la noción de Estética y de su goce está circunscrita a la idea de la belleza exterior y, en consecuencia, las emociones y sensaciones provenientes del arte están estrechamente vinculadas a la admiración y contemplación de lo físico, de aquello que se encuentra en contraposición de lo íntimo, de lo intangible e inobservable. Basta recordar el mito de Pigmalión para ilustrar como la emoción y el sentimiento proveniente de un goce estético por lo externo de las formas del arte, provocaba todas las manifestaciones y reacciones que se han tejido a su alrededor. Esta concepción encuentra una franca oposición en la manera como concebimos lo estético más allá de lo bello y lo relacionamos con una sensibilidad que nos puede sacudir y conmover desde nuestra esencia espiritual.

Ahora la cuestión se nos presenta desde una perspectiva diferente, la cual creemos deberíamos de abordar en la educación desde su dimensión formativa: reconocer que lo sensible es fundamental para conmover al hombre desde lo más íntimo de su pensamiento y corazón y esa es la manera más apropiada de formarlo. Es necesario recurrir a su naturaleza sensible y desde allí reactualizar la formación como una experiencia estética desde adentro, desde el mundo interno del aprendiz y no a partir de lo que sus ojos puedan captar del mundo exterior. Para este mirar hacia adentro es necesario comprender lo espiritual en el arte y para ello procedemos a apoyarnos en Kandinsky en tal intención.

Este autor (1989) sostiene como una de sus premisas fundamentales que nuestro espíritu, como principio del pensamiento, se halla aún en los inicios de su despertar arrastrando consigo los gérmenes de la desesperación, de la ausencia de fe y la falta de sentido, como consecuencias de la impronta materialista sobre el hombre.

Esta etapa positivista que nos ha tocado experimentar por imposición, ha alejado al hombre de la necesidad de alcanzar y aspirar sus metas a través del espíritu, limitándolo a lo esencial y apartándolo de lo contingente y trascendental de su naturaleza. Conviene decir que este fenómeno se decantó en una idea del espíritu humano como un “ente agrietado”, que “cuando se logra tocar, produce el sonido de un fino jarrón quebrado, hallado en el fondo de la tierra.” (p. 5)

Asegura este autor que lo estético basado en el goce contemplativo de la belleza de las formas es externo al hombre y por lo tanto no tiene porvenir ni trascendencia en su existencia; sin embargo advierte que lo estético percibido a través de los ojos del alma es espiritual y por eso engendra la semilla de lo eterno, del futuro. El alma luego de haber soportado el oprobio materialista se apresta a levantarse de nuevo alimentado por la lucha y el sufrimiento productos de su sobrevivencia. A partir de estas ideas es inevitable pensar en el hombre desde una posibilidad repotenciadora de sus propias emociones y sensaciones, lo cual nos advierte la posibilidad de concebirlo como un ser profundamente capaz de sensibilizarse y a partir de ello, generar una creatividad que lo haga libre.

En este punto observamos que el hombre a través de su espíritu se hace artista de su propia existencia y se libera de las murallas materialistas que se han erigido a su alrededor. Esta visión del hombre como artista no debe ser entendida como aquel que se destaca en la práctica de una habilidad, sería esto exactamente todo lo contrario de lo que queremos señalar, sino más bien como un ser con una disposición especialmente sensible frente al mundo que lo rodea; con una necesidad lacerante y angustiante por desarrollar su propio punto de vista, su creatividad y con una tremenda necesidad de comunicación de sus emociones y sensaciones a través de sus obras. El hombre surge así como el artista, creador y artesano de su propia existencia.

Señala Kandinsky que a este hombre-artista poco le interesa los sentimientos burdos como el miedo, la alegría, la tristeza, etc., más bien destaca que este hombre espiritual buscará despertar sentimientos más sutiles que en la actualidad no tienen nombres. Leamos lo expresado por este autor al respecto:

El artista tiene una vida compleja, sutil y la obra surgida de él originará necesariamente en el público capaz de sentir las emociones tan matizadas que nuestras palabras no lo podrán manifestar. (p. 6)

Estas ideas nos colocan en el umbral de un nuevo discurso para el hombre formado desde lo sensible. Un discurso que aún está por configurarse pero que en todo caso, nos permite visualizar la posible transformación del hombre desprovisto de los vicios y estereotipos positivistas que han atentado contra la posibilidad de formarlo no desde el plano racional de su experiencia, sino desde lo espiritual en el arte. De esta idea se desprende la lógica de correlacionar arte, artista y formación a través de lo sensible. Es así como al hombre le es posible su redimensión desde lo sensible de su espiritualidad.

Ya el hombre frente a su arte no debe responder con las herramientas aristotélicas prevalecientes por mucho tiempo, es ahora el momento de asumir el goce estético desde lo sensible, entendiéndose por ello que la sensibilidad debe constituirse en el motor vigorizante del hombre ante su expresión artística. Lo estético del arte se aleja de lo contemplativo para ensimismarse en el alma del espectador, permitiendo un nuevo matiz en el abordaje del arte en sus diversas manifestaciones.

De esta mirada, vale la pena señalar que el espectador encuentra una relación con su alma a través del ejercicio de lo sensible. Con ello queremos decir que cuando nos aproximamos a una obra de arte desde lo sensible el estado de ánimo que observamos en una obra de arte, en un cuadro por ejemplo, puede trascender los límites de lo palpable y afectar nuestro ánimo, de tal manera que nos provoca una sensación o emoción que nos permite un ejercicio más profundo de nuestra conciencia y modifica nuestro estado de ánimo como espectadores.

Esta cuestión es fundamental para nuestros propósitos durante el desarrollo de nuestras reflexiones, por cuanto la falta de lo sensible es lo que ha llevado al hombre a una suerte de carrusel alrededor del arte, en donde lo encontramos “girando” en torno a las diversas manifestaciones artísticas en los diversos espacios públicos y privados contemplados para ello. En esta suerte de sainete cultural el hombre de hoy con folleto en mano se nos muestra ávido de “conocer” y “apreciar” lo artístico, con la deprimente y frustrante sensación de haber entrado en contacto con el arte pero abandonando sus espacios sin afectar su ánimo ni someramente. El arte visto así es parte del entramado social que le reconoce algún valor pero que no alcanzamos a entender cuál es. El hombre se aproxima al arte y se aleja en las mismas condiciones, por lo tanto la rutina y sus mecanismos reabsorben nuevamente al hombre después de su contacto con el arte y lo regresa a un mundo que nada tiene que ver con el arte.

Retomando el ejemplo del cuadro mencionado anteriormente, es mucho lo que allí se sintetiza de la vida de su creador. Hay dolor, sufrimiento, frustración, pero quizá también haya mucho de placer y alegrías, lo que nos inquieta es saber hacia dónde va todo este cúmulo de emociones en una sociedad que no privilegia la sensibilidad entre sus ciudadanos. Ese cúmulo es la vida de su creador, es la salvia que alimenta al artista pero que el hombre no podrá apreciar su valor como obra de arte, en tanto no sea capaz de asumirlo sensiblemente y logre trascender su sustrato material (el cuadro) para adquirir una significación trascendente en el tiempo, espacio y cultura que toda obra de arte imbrica en su existencia. Entonces, ¿cuál es el destino del hombre que se apresta a ser el artista de su propio ser? ¿Hacia dónde va la vida del artista que es desmerecido en el epicentro de una vorágine social que lo desarticula? ¿Es posible pensar en el hombre y sobre todo en el aprendiz como el artífice y creador de su propia existencia? Detengámonos en este punto.

Cuando entramos en contacto con una obra de arte se crea un espacio en nuestro espíritu que nos acondiciona para la aprehensión del saber de una manera trascendente. Con ello queremos significar que el arte como principio del conocimiento nos permite comprender y en opinión de Kandinsky (Ob. Cit.) eso significa que “comprender es formar y aproximar al espectador al punto de vista del artista” (p. 8). Con esta posibilidad estamos entrando en una dimensión epistemológica que nos aleja de lo mecanicista y repetitivo de la práctica escolar de hoy y nos abre las ventanas hacia un mundo de posibilidades, en donde lo otro, es decir lo expresado en un texto literario, por ejemplo, no solo revela y comunica lo sentido por el escritor-artista, sino que además se convierte en mi propio yo, en una especie de vaivén, que delinea un movimiento hacia y desde la obra; y hacia y desde el lector-estudiante.

Por tal razón, compartimos la idea de este autor en cuanto a que el verdadero arte es aquel que se basa en lo espiritual, no solo como eco y espejo de él, sino “que contiene una energía profética vivificadora que actúa amplia y profundamente” (p. 8) en la vida espiritual del hombre, transformándolo en un ser esencialmente sensible. Es en el espíritu donde se halla la quintaesencia del arte y por tanto la vida espiritual se convierte en un movimiento constante y complejo de emociones y sensaciones que nos impulsa hacia adelante o hacia atrás en la creación de los significados que constituyen nuestro conocimiento.

Debido a los misteriosos caminos que conducen a la comprensión de la vida espiritual, a menudo nos topamos con grandes dudas y planteamientos que nos resultan constantemente interesantes de abordar pero que aquí nos distanciarían de los propósitos fundamentales de estas reflexiones. En tal sentido, queremos limitarnos a destacar desde aquí que sin querer adentrarnos en los asuntos teológicos y/o axiológicos sobre este tema, encontramos pertinente resaltar que de esos caminos oscuros, como lo define el autor citado, aparece un hombre nuevo, un hombre parecido en todo a nosotros, pero que tiene dentro de sí una fuerza visionaria y misteriosa. Ese hombre que surge de nuestro interior observa y enseña. Es la materialización y representación, a nuestro juicio, de lo que podemos llegar a ser nosotros mismos desde nuestro interior, a través de la sensibilidad que el espíritu pone a nuestra disposición. Este hombre que nace en nosotros demuestra la convicción que tenemos de que es posible formar y constituir un nuevo ser desde una perspectiva estética que atienda lo sensible y que es en el arte donde encontramos el espacio apropiado para que lo sensible sea el principal combustible que dinamice las acciones de nuestro nuevo ser.

Ante las ideas de este autor, nos planteamos si es posible considerar a ese hombre nuevo como la encarnación del artista que todos podemos ser desde lo sensible y creativo de nuestra naturaleza espiritual. Más específicamente nos sacude la idea de reconocer en cada joven a un artista que puede moldearse a sí mismo, sin seguir ciegamente las pautas establecidas por los proyectos pedagógicos emanados desde la educación. Si partimos de la idea que el hombre y el arte establecen un diálogo inspirado en la libertad, creatividad, e imaginación que el espíritu nos proporciona, entonces, sería coherente con nuestras ideas reconocer que en cada estudiante subyace potencialmente un artista que espera ser estimulado para erigirse y tomar el control de su vida.

En nuestras líneas anteriores asomábamos la idea de concebir al hombre como el creador de su propia existencia a través de lo sensible, cual artista que esculpe sobre sí mismo su obra. Así mismo, nos referíamos a lo misterioso de los caminos que conducen al conocimiento proveniente del arte y a la manera cómo lo espiritual entra en juego para asegurarnos la posibilidad de un tipo de formación en nuestros jóvenes, a partir de la conciencia de la sensibilidad.

Ambos criterios nos remiten a la conclusión, parcialmente compartida por Kandinsky, de que el artista crea misteriosamente la verdadera obra de arte, entendida como producto y esencia del hombre, a través de la vía mística. El artista ha heredado un don que lo enaltece y le permite desarrollar la capacidad de “escuchar” voces que son silenciosas para el resto de los mortales. En tal sentido, ser artista tiene algo de sublime y de bello, entiendo ambos términos desde la perspectiva que sostiene E. Kant (2002) en su celebrado ensayo sobre ese tema.

El hombre se transforma en un verdadero artista cuando reconoce su compromiso y deber frente al arte y a sí mismo: “Cuando deja de considerarse dueño de la situación y se convierte en un servidor de los designios más altos con unos deberes precisos, grandes y sagrados”. (Ibíd., p. 61)

Aquí se nos mimetiza la metáfora del educador, frente a su ética, sus deberes y frente a sí mismo. El verdadero docente, entendiendo como tal a aquel se acerca a su propio ideal, debe reconocer su compromiso y deber frente a un momento que le demanda un rol protagónico en la transformación de nuestra realidad escolar. El educador debe deslastrarse de la petulante condición de considerarse a sí mismo como dueño y juez rector de las situaciones de aprendizaje en el aula y más bien debe convertirse en un servidor de circunstancias de aprendizaje que estimulen en sus alumnos la imaginación, la creatividad, y el uso de la sensibilidad.

Estos designios que el autor considera de naturaleza elevada y que están comprometidos con los deberes más grandes y sagrados en el artista, ubican al educador como el responsable inmediato de la formación del ser en el estudiante y ello será posible en la medida que el educador reconozca en cada estudiante el alma de un artista. De allí que consideremos fundamental señalar que la posibilidad de formar desde lo sensible en nuestra escuela ocurrirá cuando entendamos que ella es el espacio para que el artista pueda educarse y que la educación sin arte no es más que una mueca de sí misma.

Del artista debemos aprender además que él mismo tiene la responsabilidad de ahondar en su alma, cuidándola y desarrollándola de tal manera que su talento exhiba una creación que sea algo más que un simulacro, algo sin sentido y vacío. El joven estudiante debe luchar férreamente por hacer de su tránsito escolar una experiencia enriquecedora de su alma y sus sentimientos. Las condiciones epistemológicas a las que se somete lo alejan de tal fin, pero debe luchar incansablemente por ahondar en su alma asegurándose la mayor cantidad de satisfacción espiritual posible. Esto representa luchar contra los parámetros establecidos o dejarse arrastrar por ellos. Ese es el verdadero reto del joven que aspire a su formación desde la sensibilidad.

En la premisa de Kandinsky: “El artista ha de tener algo que decir, pues su deber no es dominar la forma sino adecuarla a su contenido” (p. 62), encontramos un paralelismo entre el artista y el joven estudiante que define categóricamente la posición de sí mismo frente a sus estudios y a la posibilidad de explorar nuevos caminos. Del artista entendemos que él jamás debe limitar su creatividad a los cánones estilísticos y estéticos imperante en su tiempo, al contrario, se afirma en su esencia artística al resquebrajar lo establecido. En el artista es dable el romper las reglas que definen las formas establecidas.

El espíritu al dotar al hombre de libertad, intuición e imaginación le está dando todas las posibilidades de romper lo establecido y construirse desde lo diferente y reaccionario, tal como se espera del artista. Creemos que así como el artista adecua las formas al contenido de su expresión; así mismo creemos que el joven estudiante puede y debe desde lo sensible afanarse en adecuar los estímulos provenientes de las diversas fuentes de información en un conocimiento que atienda a sus necesidades emocionales, sentimentales y espirituales, abriéndose hacia nuevas maneras de aproximarse a sus estudios.

El asunto está en comprender que es posible vincular espíritu y educación, no con la introducción a la fuerza de asuntos teológicos en los contenidos de las asignaturas, o la de recubrir artísticamente algún contenido. Ello sería además de inútil, el resultado de un esfuerzo intelectual vacío, carente de vida y emociones. Más bien creemos que partiendo de la idea de que la labor del artista nace misteriosamente, entonces las reglas, las normas y criterios tan comunes en las teorías del arte y en los contenidos educativos dan paso a la voz interior del alma que indica el camino que se necesita tomar y de donde debe tomarlo.

Allí es donde creemos que es inestimable el rol de un docente de literatura que se “percata” y “manipula” esa “voz interior” en su estudiante y la moldea como arcilla fresca, extrayéndole nuevas formas y proporciones que han de “transformar” la percepción-interacción del estudiante-texto literario en el contexto de la enseñanza de la literatura en general y, en nuestro caso específico, en la enseñanza de la literatura de los pueblos de habla inglesa.

## *Bibliografía*

- Aristóteles. (1998). *Poética.* , México: Editorial Porrúa
- Kandinsky, V. (1989). *De lo Espiritual en el Arte.* México: Premio Editora de Libros. 5ª Edición.
- Kant, E. (2002). *Crítica del Juicio (Seguidas de las observaciones sobre el asentimiento de lo bello y lo sublime).* Madrid: Nueva Biblioteca Filosófica.